

# ARTES FEMENINAS

el arte de ser lista

**E**XISTEN ciertas artes —y no precisamente las más bellas de todas— que nos están tradicionalmente reservadas a las mujeres: el arte culinario, el del maquillaje, el de gobernar una casa, el de «cazar» a los hombres... No es que nos quejemos de ello —aunque la última está en camino de desaparición, de puro fea—; nos quejamos, en cambio, de que no se nos hayan enseñado otras artes igualmente útiles para circular por el mundo sin tropiezos.

Nacer guapa, o fea, o lista, no es cuestión que podamos determinar a fuerza de habilidad; pero sí podemos ser cualquiera de esas tres cosas sacando el mejor partido de cada una de ellas y evitando los inconvenientes que pueden acarrear. Es decir, aplicándoles el «arte» correspondiente.

## el arte de ser guapa

Contra lo que habitualmente se cree, ser guapa no es nada sencillo. Al principio, sí. Al principio sólo ha hecho falta que Dios reuniera en un mismo rostro dos ojos grandes, una boca pequeña, una nariz bien perfilada y un cutis transparente para que una mujer resulte hermosa. En esta labor, evidentemente, ella no ha participado lo más mínimo. Aparece en el mundo exhibiendo el maravilloso regalo que ha recibido y dispuesta a disfrutar de sus ventajas durante toda su vida. Lo malo es que a estas ventajas, como siempre ocurre, se une también un fastidioso «handicap». Por ejemplo: ¿qué esposa ve con buenos ojos que la secretaria de su marido tenga el aspecto de una estrella de cine? ¿Qué jefe piensa que una muchacha de físico excepcional es capaz de realizar un trabajo de responsabilidad, con tenacidad y entrega absolutas? ¿Qué joven, de los muchos que ella atrae, se detiene a analizar el carácter, las opiniones, la formación mental y espiritual de la guapa? Casi ninguno. Su aspecto interior parece definida de entrada, enmascara su personalidad, la hace permanecer en un borroso segundo plano.

Esta situación no puede ser halagadora para la mujer que, además de ser



hermosa, piense. Por eso ha de esforzarse en no utilizar su belleza para conmovir al jefe cuando pide un día libre, ni para que le perdone por haber escrito «sobsequio» con la be después de la e. Lo bueno, lo que demuestra que ha aprendido el arte de ser guapa, es serlo y, además, no solicitar permisos inadecuados y usar de una ortografía impecable. En cuanto se refiere a cuestiones

sentimentales, más cuidado aún. Huir del muchacho encandilado que sólo habla de los ojos, los labios o el pelo de la bella. Aceptar, en cambio, a aquél que diga: «Me gustas porque eres guapa y porque además...» enumerando a continuación virtudes de otra índole. De esas que no se ven a simple vista pero que son las únicas que no se arrugan con el tiempo.



¿Nos equivocamos si decimos que es el más complicado de todos? Según. Si aceptamos las reglas en uso hasta hace poco, parece que no. Y no es que en otros tiempos las mujeres listas gustaran más que ahora; sino que lo disimulaban. «Tú hazte la tonta», decían las experimentadas mamás. «Así conseguirás lo que quieras». Y, según dicen las crónicas, los resultados eran buenos. Pero también por entonces se consideraba legítima la práctica de urgar los bolsillos del marido y no decirle jamás el verdadero precio de las cosas. ¿Podemos abogar por estas costumbres? No, porque hemos descubierto que eran una facha. Hoy no vemos razón alguna para que una mujer encubra su inelegancia si ha tenido la suerte de nacer con ella. Pero también aquí conviene aplicar el arte. Ser lista, bueno. Ser bachillera, pedante, no. No hay por qué abrumar al vecino con un torrente de conocimientos y observaciones agudas a cada momento como de quien dice: «mira qué lista soy». No hay por qué adoptar aires de Napoleón por haber obtenido una licenciatura, ni expresarse con frases oscuras cuyo sentido sólo pueden captar unos cuantos iniciados.

Quizá, la característica más acusada de la artista de la listeza sea la sencillez. Y la paciencia para callar y escuchar lo que hablan los demás: los listos y los tontos. De ambas cosas sabrá sacar partido.

## el arte de ser fea

Este es todavía más difícil; porque la guapa, en medio de sus problemas, tiene el consuelo de mirarse al espejo y encontrar en él una imagen agradable, recurso que no le queda a la fea.

Las ventajas de la físicamente desguamecida son, a saber: encontrar una general disposición para juzgarla «una buena chica»; disponer de puestos de responsabilidad porque «una muchacha con esa cara no perderá el tiempo en novios y tonterías así»; ser invitada a menudo por jóvenes matrimonios, porque no hay esposa que tenga celos de ella.

Son ventajas que no alegran demasiado el alma de la fea. La afligen los complejos, al ver que ningún hombre vuelve la cabeza cuando pasa. Sin embargo, para ella también hay un arte aplicable con estupendos resultados. Pri-

mero: saber que no hay fealdad que no pueda ser reducida a su mínima expresión utilizando los recursos inventados por médicos, peluqueros, especialistas en estética. Segundo: tener la fealdad alegre. Es decir, que si una vez utilizados los medios citados encontramos que no nos hemos convertido en esas Venus redivivas que soñábamos, no hay por qué sumirse en la desesperación. Al contrario: pensar que lo que a unos les parece feo, otros lo encuentran terriblemente atractivo —Luis XIV adoró a una coja, y es ejemplo ilustre—; que la idea de la belleza cambia casi de año en año y que el ánimo fúnebre contribuye a afear los rasgos. Una sonrisa, en cambio, los suaviza, pone luz en los ojos y —¡quién sabe!— con un poco de suerte puede que haga aparecer dos hoyuelos irresistibles.



CARMEN VAZQUEZ-VIGO